

Reflexiones sobre la debilidad de las estructuras del naciente estado peruano

1821-1841



Fernando Rosas Moscoso

Universidad Ricardo Palma

fernando.rosas@urp.edu.pe

Lima-Perú

La llegada del Bicentenario de nuestra independencia ha creado las condiciones y el estímulo para comprender el proceso histórico peruano desde finales del siglo XVIII a las primeras cuatro décadas del siglo XIX; pero también la situación que nuestro país vive en estos momentos, golpeado por una pandemia mundial con una secuela de miles de fallecimientos y cientos de miles de contagiados, además de la profunda crisis política que enfrentamos, han generado preocupación e interés por llegar a comprender las débiles respuestas con las que enfrenta nuestro país los grandes problemas de nuestro tiempo. Se tiene la impresión generalizada de que los más de doscientos años no han sido aprovechados en términos de experiencia y de desarrollo y que la república que fundaron nuestros antepasados se encuentra en un estado deplorable, en donde los términos negativos de «inacabada», «frustrada», «traicionada» y tantos otros reflejan una preocupación que raya con la angustia. Son tiempos difíciles los que nos tocan vivir en esta importante conmemoración que estamos tratando de rescatar, muchas veces sin resultados positivos. Nuestra visión tiende a ubicarse en el tiempo que se hilvana y teje desde el más remoto pasado hasta el futuro proyectado, y eso nos permite plantear importantes aspectos del pasado que nos ayudan a entender lo que se vive en el presente y los grandes desafíos que plantea el futuro.

En ese sentido, gracias a las invitaciones que nos han hecho llegar diferentes sectores de nuestra comunidad universitaria y también de contextos más amplios de nuestra sociedad, pudimos articular algunas reflexiones que abordan temas que constituyen una especie de puente o pasarela que comunica los primeros años de nuestra independencia con la actualidad desde una perspectiva horizontal o en línea de tiempo, y también desde un contexto transversal que sitúa esos momentos iniciales de nuestra vida independiente con procesos semejantes que, si bien no están referidos en la misma escala cronológica, sí se definen a través de procesos históricos unidos por vasos comunicantes que saltan las barreras del tiempo. Como profesor e investigador dedicado a temas y aspectos de historia mundial, siempre ha sido de nuestro interés el plantear las relaciones entre historia nacional e historia universal, obviamente después del siglo XVI, y es en ese contexto, donde descubrimos una vinculación entre el proceso de formación del Estado moderno europeo (siglos XIV y XV) con nuestro mucho más breve periodo de construcción del Estado peruano independiente. Indudablemente, todas las estructuras presentes en el transcurso de nuestra independencia se ven modificadas por un proceso de trascendental importancia como el que nos ocupa, pero vamos a tratar de ajustar nuestras



reflexiones a algunos aspectos concretos, básicamente en relación a las estructuras políticas y económicas, que justamente son las que manifiestan mayor dinámica de cambios. Es indudable que el límite temporal que nos hemos fijado no constituye una barrera insalvable a las observaciones que se pudiesen plantear; en todo caso, 1821 es el hito inicial simbólico que encarna un proceso para muchos todavía inacabado, mientras que el final del límite temporal señalado está vinculado al inicio de lo que Basadre consideraba la prosperidad falaz de la época del guano.

1. Lineamientos en el contexto europeo occidental (siglos XIV-XV)

Nos referimos a la formación del Estado moderno en Europa occidental, proceso de larga duración, pues implica en su mínima expresión dos siglos, alcanzando en otros contextos geográficos y políticos un mayor tiempo. Si se toma en cuenta básicamente algunos aspectos políticos y económicos, la dinámica de las estructuras por las condiciones señaladas, salta a la vista rápidamente y, aun así, tratándose de un proceso de larga duración, las manifestaciones se suceden vertiginosamente.

El nacimiento del Estado moderno se nutre de elementos originales ubicados en el contexto de la estructura política del sistema feudal, que permitió una feudalización de la monarquía, pero que a la vez rescataba elementos que se iban a convertir en las raíces primordiales de un fortalecimiento contrario al contexto político feudal, representado en la fragmentación del poder y en la atomización del mismo. Aspectos como las creencias de que los reyes curaban ciertas enfermedades, sustentadas muy tempranamente en los estudios de Marc Bloch y que tocan el contexto de las mentalidades colectivas, se unen a las consideraciones jurídicas que rescatan el vínculo entre el poder real y la divinidad, a partir de la suprema administración de justicia. Esos tempranos elementos permitieron que las monarquías iniciaran un proceso lento de acumulación de poder, en donde quizás el desarrollo de las guerras de carácter expansivo y la necesidad de recursos, alimentada por la imposición de impuestos que fueron superponiéndose a los tributos señoriales que habían primado desde hacía mucho tiempo, fueron el combustible que alimentó el fortalecimiento de los Estados-nación en Europa Occidental. Los mencionados son elementos favorables a un proceso de acumulación de poder que lleva a la ruptura de las cápsulas feudales y a una integración forzada, pero también no exenta de habilidad política,

vínculos matrimoniales, alianzas pragmáticas y virtudes militares.

Pero lo que más nos interesa para nuestra reflexión y acercamiento al tema peruano son los obstáculos que enfrentan estas monarquías, que lentamente se van desprendiendo del lastre de la feudalidad; dentro de ellos están temas tan importantes como el control del espacio, el poder militar, los poderes locales y la renovación cultural; en el proceso europeo se pueden identificar algunos elementos más, pero los señalados son los más importantes.

Debemos entender que la construcción de una realidad política consistente y con proyección en el tiempo pasa por minimizar o controlar totalmente estos obstáculos, y en la medida en que esos objetivos se alcancen, la definición de un poder político autónomo y fuerte está cada vez más asegurada.

El control del espacio es fundamental para Estados emergentes que se desprenden de una feudalidad cada vez más limitada en el plano político y con un tejido de relaciones de dependencia, a su vez complejo y contradictorio. El ejercicio del control del espacio, determinado por derechos de posesión que pueden venir desde muy atrás en el tiempo, se va construyendo lentamente y con las limitaciones que la tecnología de su tiempo lo determina; donde no llegan funcionarios ni autoridades no se manifiesta dicho control y por lo tanto queda en el mejor de los casos sustentado en el papel o la tradición, sin raíces profundas que lo consoliden.

En cuanto al poder militar, en un contexto de por sí turbulento, en donde las luchas señoriales van perdiendo su carácter regional o local, quien posea la fuerza necesaria en términos de recursos humanos, armamento y riqueza, se alzarán con el control permanente de dicho espacio, lo cual tendrá efectos políticos, económicos, sociales y mentales. El poder de las armas llega a significar una amenaza que en las sociedades europeas de ese tiempo se intenta solucionar a través de lazos familiares o fidelidades consistentes e incluso también por la fuerza del dinero; pero estos aspectos cumplirán una función momentánea, pues recién desde el siglo XVII, con la presencia de ejércitos cada vez más profesionales se irá contrarrestando la inestabilidad generada por mercenarios o compromisos volátiles.

Los poderes locales en ese escenario europeo estarían representados por la aristocracia terrateniente, impregnada todavía en sus tradiciones y derechos



«Evidentemente, las transformaciones que suceden en tierras americanas de la monarquía española reflejan las condiciones y características que van asumiendo los procesos estructurales europeos, pues España no constituye una realidad insular dentro de un espacio continental enorme.»

feudales y por las ciudades, que, con su gobierno autónomo y el desarrollo de una actividad económica permanente, creaban núcleos de poder desafiantes e incluso consolidaban fuertes libertades que llevaban a la figura de ciudades-Estado. El poder real para enfrentar al poder local debía utilizar no solo la fuerza, que quizás era lo menos conveniente, sino también los beneficios económicos, las recompensas en honores y las alianzas con poderosos clanes urbanos.

El tema de la renovación cultural toca fundamentalmente al escenario universitario, pues esas instituciones van formando cuadros de una élite del pensamiento y del ejercicio profesional que van a ser fundamentales para la organización de ese Estado moderno; pero esa proyección, que incluye la presencia de una burocracia de élite, encierra también un peligro al convertirse el recinto universitario en generador de críticas e incluso de rechazo al poder político existente; por otra parte, el significado de la universidad original nace también en medio de las brumas de un poder local en la medida que existen derechos como la extraterritorialidad del campus o su inviolabilidad como elementos protectores de una libertad de pensamiento, que incluso han sobrevivido hasta el presente.

Dados los obstáculos señalados y escenarios, el monarca que busca consolidarse en el poder y llevar adelante una forma política en la que cada vez tiene mayor injerencia y control, debe recurrir a todas las virtudes políticas para el logro de sus objetivos.

La construcción del Estado moderno en Europa se genera sobre los fundamentos de la estructura política

del sistema feudal, que ya desde el siglo XII empezó a desmoronarse, pero los obstáculos que enfrentó pudieron definir sus características en el mediano y largo plazo, convirtiéndose en modelo, a pesar de que lentamente fue consolidando dos vertientes; por un lado, una tendencia al poder absoluto y, por otro, una manifestación de un liberalismo que se vinculaba mejor con las profundas transformaciones de la estructura económica.

2. Lineamientos en el contexto peruano (Siglo XIX)

Trasladándonos al escenario americano y ubicándonos concretamente en el caso peruano, nos encontramos frente a un proceso de corta duración en su definición concreta (1820-1826) y un poco más extenso en su progresiva definición constructiva (1780-1820). Se buscaba construir un Estado moderno desde las bases de lo que se ha llamado, especialmente en España, un Antiguo Régimen. Evidentemente, las transformaciones que suceden en tierras americanas de la monarquía española reflejan las condiciones y características que van asumiendo los procesos estructurales europeos, pues España no constituye una realidad insular dentro de un espacio continental enorme.

Este proceso que nace de una ruptura de los pactos y compromisos establecidos a lo largo de más de doscientos años entre España y América, producto de reformas importantes dentro del sistema político, económico y administrativo de la nueva monarquía borbónica, generan múltiples distorsiones y tensiones que incluso llevan a la insurgencia de importantes sectores indígenas y a la agitación de ciertas capas de la estructura social existente. No nos toca ahondar en este proceso, que en nuestros tiempos del Bicentenario manifiesta una prolífica producción de obras históricas, sino más bien enfocarnos en la corta duración del episodio de ruptura y, en ese sentido, repasar los elementos que hemos mencionado como limitaciones y obstáculos para la construcción del moderno Estado europeo y así poder comprender los alcances de una situación compleja en el proceso histórico peruano, que no se pudo enfrentar con todos los recursos necesarios, bajo la fuerte presión de la idea de Independencia como objetivo que se va a alcanzar después de una costosa guerra, pero con profundas limitaciones en el conocimiento y la experiencia de lo que debía hacerse para lograr la construcción de un Estado «firme y feliz por la unión», tal cual los discursos oficiales lo manifestaron.



a. El espacio

En cuanto al control del espacio, que en lo fundamental implica una real integración física funcional que incide en el verdadero ejercicio del poder político, la economía y la administración, se define un obstáculo casi insalvable por las gigantescas dimensiones del territorio que se tiene que integrar y los desafíos que imponen el relieve andino, la dilatada selva, la limitada y desértica franja costera y, además, un inmenso océano que la bañaba. La preservación de la integridad territorial quedó en segundo plano frente al primer objetivo que era la derrota del ejército realista; así, en el caso peruano, la pérdida de Guayaquil, uno de los principales puertos del virreinato y astillero importante para el control oceánico, quedó rápidamente concretada por la llegada de la corriente libertadora del norte, aunque su independencia fue proclamada en tanto parte del Perú, el 9 de octubre de 1820; también Chiloé, isla dependiente del virreinato peruano, quedó abandonada a su suerte y fácilmente asimilada por la proximidad de la nueva República de Chile; mientras tanto, la frontera del río Madeira en el corazón de la Amazonía, no pasaba de ser un espejismo distante y parte de un territorio que difícilmente era imaginado. Estos ejemplos mencionados constituyen muestra de una debilidad en el proceso emergente de independencia, pero también dentro de un proceso de larga duración que nos acompaña hasta el presente.

Pero no solo el tema de límites y control del espacio total del territorio de un naciente Estado, sino también los vasos comunicantes que llevan la presencia de ese Estado a lo largo y ancho del territorio; en ese sentido, las comunicaciones terrestres, representadas por los caminos y su sistema de funcionamiento adquieren mucha importancia. Tan vasto territorio nos permite advertir la inevitable necesidad de una integración de sur a norte y de este a oeste; la transversalidad de las rutas adquiere una importancia decisiva en la integración espacial, debido a la naturaleza y sus desafíos (costa, sierra y selva). Sin embargo, esa transversalidad que nos acompañó desde tiempo remoto, quizás empezando por Caral y las sociedades preincaicas, pasando por el Tahuantinsuyo e incluso el mismo virreinato, fue perdiendo intensidad y sentido; así, se puede comprobar que, caminos y tambos fueron descuidados a partir de la independencia y solo fueron conservados por acciones de carácter local y regional.

Acompaña a esta contradictoria vertebración el centralismo de Lima, gestado claramente durante el virreinato, pero dentro de equilibrios que reflejaban su articulación a un centro de poder mayor y distante. Ciertamente, Lima fue el centro del poder español en Sudamérica y a través del ejercicio de ese poder integró los espacios bajo su jurisdicción, con mayor o menor eficiencia; este proceso paradójicamente se vio contrastado por la desmembración del territorio virreinal propiciado desde Madrid y que afectó profundamente los intereses del virreinato peruano, especialmente en lo que se refiere a la aparición del virreinato del Río de la Plata; es así, que los vientos de modernización y eficiencia que trajeron los Borbones afectó profundamente el poder de las élites económicas limeñas y trastornó la importante gravitación de la corte virreinal peruana en el escenario americano.

Finalmente, en este tema del espacio debemos incorporar el peso de lo que algunos investigadores españoles han llamado el atavismo americano de España y la miopía estratégica y económica que generó y afectó especialmente al desarrollo de los dos más importantes centros de poder en este continente: México y el Perú. Este factor, que amerita un estudio profundo, se dejó sentir muy especialmente en lo que se refiere al control oceánico del Pacífico y a la limitación exagerada por el uso de una sola ruta marítima que comunicaba Acapulco y Manila y que impidió que el Pacífico sea realmente un océano español o como incluso se le nombró en los mapas, «océano peruano», especialmente en lo que se refiere a la zona sur de ese inmenso espacio. Son evidentes las consecuencias económicas de esa política en la que influyeron los grupos de poder de Sevilla y Cádiz, así como también las decisiones tomadas dentro de la más ortodoxa política económica mercantilista.

Así pues, la proclamación de la independencia enfrenta en el tema del espacio un enorme problema que solo después de muchas décadas se logró paliar, aunque no solucionar integralmente.

b. El poder militar

El necesario uso de las armas para propiciar una cohesión territorial y defender un patrimonio que deja de ser local o regional y se convierte en nacional, define a su vez otro importante obstáculo en la construcción del Estado. Es evidente que, el proceso de constitución de una fuerza militar



integrada está vinculado al desarrollo tecnológico y de captación de recursos humanos; en Europa la «democratización» de la guerra desarticuló en este campo a los poderes feudales y señoriales; el gran número de combatientes aleja la elitización de la guerra e introduce cambios profundos en sus prácticas y estrategias.

En el caso peruano, la construcción del nuevo Estado reconoce las raíces históricas de la dominación ibérica, que desde un inicio define lo militar como una empresa patrimonial de conquista y que después deriva a un control palaciego virreinal, llegando hasta la militarización afrancesada del siglo XVIII, génesis de los cambios que van a llevar a la independencia del Perú. Al nacer a la libertad política, el Perú recoge no solo las raíces históricas de la estructura militar ibérica, sino también sus manifestaciones más concretas, como las influencias locales y regionales, en donde la conducción de los recursos humanos quedaba comprometida por elementos específicos, que incluso llegaban a ser de carácter privado a través, por ejemplo, de levas particulares.

A ese escenario se le debe agregar, durante los primeros años, una participación extranjera, que es importante y que lentamente va a ser equilibrada por la definición de un ejército nacional, en donde el ejercicio del liderazgo pasa por intereses locales, regionales y hasta personales; esta atomización de fuerzas militares que solo se cohesionaron durante la guerra de independencia, hace eclosión en un caudillaje múltiple que caracteriza a lo que hemos llamado un primer militarismo. La falta de cohesión y mando único deriva en guerra civil permanente, no solo de unidades supuestamente pertenecientes a un ejército nacional, sino también de «montoneras» o civiles en armas que actúan en concordancia con sectores en pugna o incluso de forma autónoma. El final de este proceso turbulento, justamente pasa por la potenciación y modernización de las fuerzas armadas con una oficialidad profesional y una estructura jerárquica emanada de un Estado eficiente.

c. Los poderes locales

En la construcción del Estado moderno europeo, estos poderes están vinculados a los grandes señoríos y a las ciudades, que en el primer caso exhiben raíces remotas y privilegios reconocidos y en el segundo caso constituyen centros de poder

económico, alimentados por el comercio y/o la industria y con gobiernos propios de larga tradición de autonomía; todo este conglomerado de poderes fue articulándose al Estado en consolidación, a partir de alianzas, guerras, ejercicio diplomático y otros; en el caso de las ciudades, las herramientas más importantes estuvieron referidas a los privilegios y a las concesiones de carácter económico, aunque también estuvieron presentes los elementos ya señalados para los poderes locales y señoriales. En el caso peruano, la primera manifestación de poder local fueron las encomiendas lo que generó una acción militar por parte del monarca; el control del virreinato consolidado a partir de las reformas toledanas a través de una estructura administrativa eficiente como el caso de los corregimientos y la consolidación de núcleos urbanos dependientes como Cusco y Potosí, definieron un escenario de mucho peso para la administración virreinal, que solo fue transformado por las reformas borbónicas.

Conviene reconocer en las raíces un factor que va a gravitar durante la república, que era el poder de los grandes terratenientes, sean costeños o andinos; ese poder estuvo sujeto a los vaivenes de los cambios en la etapa borbónica y de las agitaciones, generadas por rebeldías indígenas o por conspiraciones en contextos netamente urbanos y que derivaron a la larga en proclamas de libertad. En la naciente república, esos poderes locales se identificaron con los ya mencionados poderes militares, generando espacios de coexistencia que pudieron estar representados por poderes urbanos como Cusco, Arequipa, Trujillo y lógicamente Lima; el reflejo de esta nueva alianza de poderes locales con poder militar fueron las intensas guerras civiles que acompañaron nuestros primeros años de independencia.

d. Renovación cultural

La presencia de una élite cultural que se había venido formando desde siglos atrás, constituye también un desafío al fortalecimiento del Estado moderno, la acción de las universidades en el seno de la estructura del Estado se vuelve cada vez mayor porque proporciona los cuadros necesarios para el funcionamiento de ese poder político, tal como lo hemos referido en el contexto europeo, pero que también se evidencia en el proceso de constitución del Estado peruano. La élite cultural en las décadas previas a la proclamación de la independencia estaba vinculada a los poderes económicos y en confluencia

con el ejercicio de la autoridad virreinal, la cual oscilaba entre la cercanía y la distancia, entre la indiferencia y la necesidad. Si bien es cierto que en todo caso se trataba de grupos elitistas reafirmados bajo el impulso del llamado Siglo de las Luces y con contactos con las expresiones más representativas de la filosofía y la política de su tiempo, tenían que construir una interpretación y un ideario coherente con sus conocimientos y su tiempo, y eso se expresó en manifestaciones como el *Mercurio Peruano*, las publicaciones científicas y jurídicas, además de otros aspectos menores pero representativos, tales como el ceremonial público, el discurso jurídico o incluso los sermones religiosos. El camino escogido fue una reflexión cada vez más intensa en torno al Perú, sin necesariamente cuestionar la estructura política.

Con la independencia, el debate en torno a los caminos de la libertad iniciada por tendencias monárquicas y republicanas o el más importante debate constitucional, que envolvió a los actores políticos con formación jurídica en los salones legislativos y los escenarios constitucionales, fue cobrando una intensidad tal que contrastaba con la fragilidad del poder político intensificado por la salida del país de los libertadores. La fuerza de las armas en la guerra de independencia y en las guerras civiles posteriores, enclaustró a una élite ilustrada y la aisló de la toma de decisiones que estuvieron a cargo de caudillos en un contexto que se conoce con el nombre de primer militarismo. Si bien predomina el escenario universitario y sus diferentes cátedras como elemento motivador de una fuerza todavía incipiente en la construcción democrática del Estado, también se debe tomar en cuenta las limitaciones en la acción de la ilustración y la cultura en otros sectores sociales que quedaron abandonados en ese campo por la dinámica de la turbulencia militar de los primeros veinte años de la república y aun más allá en el tiempo.

e. La economía bajo presión

En el inicio de la consolidación del Estado moderno en Europa, la solución a los problemas económicos encontró un camino favorable en la percepción de los tributos dentro de diferentes contextos humanos e institucionales, además debe entenderse que la definición de un capitalismo mercantil, claramente esbozada desde inicios del siglo XIII, le daba una dinámica y fuerza al acceso de recursos financieros y alianzas económicas con diversos sectores de la sociedad de su tiempo; el Estado moderno tenía la



Figura 2. El año de 1821 es el hito inicial simbólico que encarna un proceso para muchos todavía inacabado, mientras que el final del límite temporal señalado está vinculado al inicio de lo que Basadre consideraba la prosperidad falaz de la época del guano. (Fuente: <https://bicentenario.gob.pe/jorge-basadre-grohmann-el-historiador-taceno/>)

posibilidad de acceder a fuentes de aprovisionamiento y financiación cercanas e inmediatas, a través de lo que podríamos llamar un financiamiento internacional representado por importantes grupos de poder económico, no solo dentro de las fronteras nacionales sino también fuera de ellas, debido a la organización de redes que abarcaban gran parte del espacio europeo. En el caso peruano, esa situación fue muy distinta, los problemas económicos en las décadas inmediatamente anteriores a la independencia debían ser subsanados por la Corona española, que debía colocar su manto protector sobre las inquietudes o intereses de la élite económica local. Bien sabemos que las reformas borbónicas afectaron profundamente los intereses de dicha élite en el virreinato peruano; la fragmentación de su inmenso territorio le hizo perder una clara ventaja en la acumulación de riqueza, especialmente con la pérdida del Alto Perú, por otra parte, los cambios en la administración generaron situaciones negativas para una élite acostumbrada al monopolio comercial.

Cuando nace el Perú independiente, la situación económica es crítica, tanto por la guerra de liberación frente a un poderoso ejército realista, como por la desestructuración de la organización administrativa virreinal. Para entender algunos de los escenarios en donde se plantean problemas casi insalvables, podemos señalar a manera de ejemplo tres áreas concretas:

Recursos humanos: Es evidente la ausencia de cuadros administrativos por desertión, por falta de pagos, por inseguridad y por el desorden político, entre otras cosas. Frente a ello, la reactivación inmediata o el mantenimiento incentivado de



Figura 3. Marc Bloch. (Fuente: <https://www.facebook.com/ApologiaparalaHistoria/photos/pb.268748109978182.-2207520000../268766033309723/?type=3&theater>)

áreas claves de ingresos económicos, tales como las aduanas, pudieron paliar el problema, pero indudablemente presionaban factores como la improvisación y la incompetencia. La inestabilidad política y las guerras civiles profundizaron el problema, a tal punto que recién con la llegada de Ramón Castilla al poder, se puede considerar como un problema casi solucionado.

El costo de la guerra: El enfrentamiento entre patriotas y realistas determinó una permanente ausencia de recursos que se fueron solucionando a partir de los limitados ingresos que se consiguieron en el plano tributario, pero fundamentalmente por las requisiciones, imposiciones, saqueos y contribuciones voluntarias. Eso en lo concerniente al mantenimiento de las tropas y los elementos esenciales de la logística militar, pero no debemos olvidar el impacto de la destrucción material que, si bien se concentró en las zonas de enfrentamiento, también se reflejaba en los territorios sujetos al desplazamiento de las tropas. Consolidada la independencia y alejado Bolívar, las guerras internas y externas continuaron con su estela de destrucción; enfrentamientos en nuestra frontera norte y en la frontera con Bolivia significaron un gasto extraordinario para una economía que no había salido de su etapa de marasmo y limitaciones. Si bien se había conseguido un préstamo británico, gestionado en los días del Protectorado, ese dinero que no fue poco se diluyó rápidamente en el concierto de enfrentamientos y violencia militar.

Política económica: Indudablemente llama la atención que las reformas generadas en las últimas décadas del virreinato tendían a una

visión renovada y práctica del manejo de este territorio americano; las investigaciones realizadas evidencian una política de incentivo a la minería y una progresiva, aunque controlada expansión del comercio y también un flujo de caudales privados destinados al sector agrícola. Dichos síntomas de cambio desaparecieron con la independencia, debido a algunos de los problemas ya mencionados, en donde las idas y venidas tributarias que implicaban incrementos, eliminaciones y finalmente restituciones, no permitían una organización eficiente y una captación ordenada de recursos. La disminución del comercio por pérdida de los mercados sudamericanos, sujetos todos a las fluctuaciones generadas por el nacimiento de las nuevas repúblicas, no llegó a ser compensada totalmente con la apertura de los puertos peruanos al comercio con las potencias europeas y los Estados Unidos; tampoco había un clima favorable a una producción minera, que del apoyo virreinal por subsidios pasó a una falta de insumos, mano de obra y capitales que se habían dirigido hacia una agricultura en expansión poco antes de la independencia, pero que con ella también se vio envuelta en problemas. Por eso es posible afirmar que se aplicó una política económica mercantilista, con un proteccionismo acentuado y que contrastaba con el progresivo liberalismo español antes de la independencia; nos encontramos así con una república peruana caracterizada por impuestos muy altos al comercio, pero a la vez también con una política de baja fiscalidad coherente con un supuesto liberalismo, definido para establecer un lógico contraste con las presiones fiscales impuestas por la Corona española.

Estos son algunos aspectos que hemos querido resaltar haciendo un esfuerzo comparativo entre la construcción del Estado moderno europeo bajo circunstancias evidentemente diferentes en sus características, pero a través de líneas de acción que perfectamente se podrían aplicar al escenario hispanoamericano y peruano de inicios del siglo XIX. Se trata de reflexionar sobre esos aspectos y concentrar nuestro enfoque en los elementos gravitantes que evidenciaban lo que hemos llamado la debilidad de las estructuras del naciente Estado peruano. Es evidente que hay otros aspectos que también deben incorporarse a los elementos señalados y que tendrían que ver con la estructura social y las mentalidades colectivas referidas a ambos escenarios. Fueron tiempos difíciles en los que se vio un doloroso nacimiento, pero pleno de esperanzas en un futuro que se vislumbraba firme y feliz por la unión.